

CON EL TITULO DE *¡FELICES PASCUAS!*, BENITO MAS Y PRAT, EN LA ILUSTRACION ARTISTICA DEL DIA 14 DE DICIEMBRE DE 1885, ESCRIBIO EL SIGUIENTE ARTICULO.

**Diciembre 2019
Ramón Freire Gálvez.**

Un año más llegaron las Pascuas y con ellas quiere decir que se está acabando el año. A algunos les habrá ido peor y a otros mejor, pero es así todos los años, como dice el refrán "nunca llueve a gusto de todos". El año se habrá llevado al otro mundo a algunos de nuestros familiares y amigos queridos, pero es la rueda de la vida que no para, dada la corriente de agua que nuestra noria particular, aunque llueva mucho o poco, sigue moviendo día a día.

Y como siempre nos quedará el consuelo de ver si el año que entrará, lo hace con mejor pie que el que está a punto de irse, pero aunque a mí estas festividades me ponen nostálgico, a pesar de ser provocadoras de reuniones con los familiares que están fuera, no puedo evitar que de ellas, las que más que me gusta es la festividad de los Reyes Magos, pero como no se trata de mis gustos, sino de seguir conociendo y compartiendo lo que encuentro sobre Écija, sigo con lo que dejé publicado, nuestro insigne e ilustre paisano Benito Mas y Prat; en esta ocasión, para dar por finalizado el presente año de 2019, lo hago con un artículo dedicado a las Pascuas, que publicó en ***La Ilustración Artística del día 14 de Diciembre de 1885*** y que decía lo que sigue:



¡FELICES PASCUAS!

Todos los años me dicen lo mismo.

Y lo peor del caso es que yo tengo gran empeño en convencerme de que he sido feliz no sólo durante las Pascuas, sino también el día de mi natalicio, y otros muchos del año en los cuales se me ha deseado y suplicado por besalamanos y tarjetas.

Engolfándome en ciertas filosofías he llegado a pensar seriamente en esto de la felicidad humana, notando con disgusto que no he visto la cara a esta señora más que en momentos

indivisibles é inapreciables. En esto de la felicidad acontece lo propio que en la pesca de anguilas en charca; se siente el roce suave del pescado entre los dedos cuando ha desaparecido la anguila.

Este perpetuo escabullirse de la dicha hiere nuestra imaginación y pica nuestro amor propio hasta el punto de hacernos buscar la anguila contrahecha o falsificada. Recuerdo a un pescador de caña que solía comprar los sollos fritos, los días de mal corcho, con objeto de no volver a su casa con el zurrón húmedo y sin pesca: lo propio suelen hacer aquellos que quieren aparecer hombres felices. Compran una poca de felicidad muerta o mal condimentada y la exhiben ante los demás como si estuviese vivita y coleando.

2



Si preguntáis a un naturalista qué clase de pájaro es la Felicidad, os contestará que *rara avis* o la que jamás vio la pluma; si a un psicólogo, que un estado del ánimo tan rápido y pasajero, que ni aun siquiera es perceptible para el yo pensante; en fin, si hicierais la misma pregunta a un jugador y a un libertino os responderían a dúo que es aquel punto en que se consigue el logro del apetito

que nos ha de hastiar y el momento en que se cobra al rey o al as, la puesta que se ha de perder al caballo o a la sota.

Resulta de todo esto que la felicidad que parece mostrarse como el sol en el centro del horizonte, juega al escondite con la humanidad a la manera de niña traviesa que no se deja poner la mano encima. Las mariposas del trópico, cuyos colores tanto recrean los ojos, pueden ser imagen de la felicidad sobre la tierra; tienen el vuelo rápido y vertiginoso, son volubles é inquietas, y cuando se cogen dejan entre los dedos el polvo de sus alas.

La dificultad de ser felices, hace que éste sea nuestro principal deseo y, por la ley de las antinomias, pasamos la vida en perpetuo espejismo, mirando la dicha en casa del vecino y sintiendo el hastío

o la indiferencia en la nuestra: es cosa digna de reflexionar que de este modo la felicidad existe para todos y para ninguno.

Por una parte hay quien hace creer a los demás que es feliz, y envidia a los que les envidian; por otra quien se cree más desgraciado que los otros siendo en realidad más feliz de lo que



crea serlo. Unos y otros se empeñan en hacernos creer que han cogido la anguila por las agallas y en ver su sombra en el estanque de enfrente.

Algunos, y son los más, ofrecen los relieves del imaginario festín, y enseñan como trofeo el áureo plato en que creyeron trinchar el pescado simbólico.

Sin estos antecedentes no podríamos comprender cómo se ha propagado la costumbre de las felicitaciones, que se hacen en todas las épocas del año, en todos los tonos, en todas las formas, en todas las lenguas y en todos los países. Deseada por todos la felicidad y dispuestos por ella a cualquier género de sacrificios, claro es que hemos de recibir agradablemente a sus heraldos y trompeteros, ya tomen la forma elástica de un cesante, ya la romboidea de un aguador, ya la atildada y aguda de un portero de ministerio.

Hay que convenir en que la primera tarjeta cortada a sable que se nos espeta en Pascuas, causa un efecto agradable. Los que, ocupados en las faenas absorbentes de la cosa pública, de la cosa literaria o de la quisicosa social, ven pasar sus días como jabón por canuto, dándose apenas cuenta del tránsito de las horas, sienten una impresión grata cuando el leve roce de la tarjeta *pascual* haciendo el oficio de las campanas del Fausto, les recuerda que aún existe ese mito de la Felicidad que tanto buscan y en cuyas aras han quemado el inútil incienso de sus años.

Esta primera tarjeta suele hacer verdaderos milagros, y pocos serán los que no hayan penetrado en lo recóndito de sus bolsillos, para corresponder dignamente a las primicias de la vida nueva. Las

entradas de año son como las primeras puestas en los juegos de azar, se ganan y se pierden sonriendo: ¡han de darse tantas cartas antes de que acabe la partida!

La ley física fundada en el hecho de que la continuidad del contacto amortigua la sensación, se cumple en lo que a las felicitaciones se refiere de una manera inexorable. El *¡Pase V. felices Pascuas!* de la primera tarjeta, sin propinas, se recibe con la sonrisa en los labios; el *¡Que las tenga usted felices!* con pedimento, se lee con indiferencia; la cuarteta del repartidor de periódicos o la vitela coronada con el billete volante, del cartero del distrito, se arrojan ya con ira al espoliario. Compréndase la dificultad de ser feliz, principalmente en la época de las felicitaciones, si se tiene en cuenta que, a más de los cumplidos del círculo de nuestras amistades, hay que sufrir los *sablazos* y peticiones de todos aquellos que os consideran con suficiente talla para poder pasar por hombres de importancia, es decir, por hombre que da aguinaldos en Navidad o en Pascua de Reyes.

Como si todos los gnomos y duendecillos de Darmstadt se hubiesen apoderado de vuestra campanilla en esos días clásicos, todo el mundo os pone estrecho cerco y os aborda victoriosamente. El portero, el acomodador, el mercurio público, el rapabarbas, el rapavelas, el lacayo y el camarero; cuantos os han servido u explotado durante el año, preséntanse en ordenada fila a dejar su tierna memoria y turban el orden de vuestra morada con sus ruegos y cantilenas. Las musas, que en estos días pierden su acomodaticia virginidad, y se dan ora al aguador del tercero, ora al remendón del bajo, ora al murguista de la esquina, hilan la tela de Pascuas y ponen en manos de sus amantes de ocasión, cuantos desatinos pudo inventar diarrea métrica de nuestro tiempo.

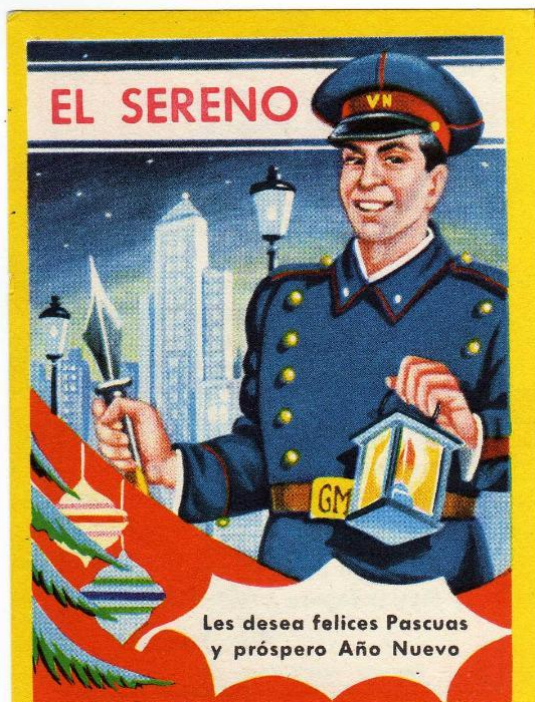


Un funcionario público, el sereno, entrase zaguán adentro regalándoos su *vera efigies* en papel de color y letras áureas. He aquí una muestra de sus inspiraciones:

Ronco brama el huracán,
Ronco brama el aquilón,
El agua rompe en turbión,
Las tejas volando van;
Y, entretanto, Sebastián,
Vuestro humilde *servidor*.
Encendido *su farol*
Y de valentía lleno
Canta *las cuatro y sereno*
Y acompaña a su señor.

5

El *delirium tremens* de las felicitaciones, da ocasión á escenas verdaderamente cómicas o intensamente dramáticas. Cuéntase de un aguador asturiano, felicitador impenitente, que, mezclándose



entre el cortejo de un entierro, entró a presentar al mismo dueño de la casa, que acababa de perder a su esposa, la consabida papeleta de Pascuas. Reconvenido duramente y en el acto por tamaña falta de *sindéresis*, contestó, dando un soberbio berrido:

—¡Pus hombre, estamos frescos! ¿pur qué non esperó la señora á murirse por enero?

La mayor parte de los que os desean esas felices pascuas, tienen algo del aguador citado. Las intimidades del hogar, que, como el cielo, tiene sus horas de esplendente luz y de pasajeras tormentas; los estados parciales del ánimo producidos por las borrascas económicas que se suceden en los abismos de la caja ó del bolsillo; los rigores de la ausencia y del desamor, que son en ciertas mansiones estado patológico perpetuo, no importan un ardite á esa multitud, ávida de halagaros por fórmula ó por codicia;

y las tarjetas, besalamanos y billetitos perfumados, cuyos insensibles átomos no pueden darse cuenta de la oportunidad de su llegada al punto a que van dirigidos, penetran sin consideración ninguna hasta nosotros, turbando, ya el diálogo íntimo de familia, ya el cálculo financiero en el que habíais agotado la suma y la resta; ya, en fin, las lágrimas que os arranca la esposa moribunda o el hijo enfermo.

Por casualidad puedo referir uno de estos atentados al dolor ajeno, cuyas circunstancias causaron profunda impresión en mi ánimo.

En la Navidad de 1873 frecuentaba yo el estudio de cierto amigo pintor de Historia que habitaba en una de esas inmensas casas solariegas de Andalucía, que abandonadas por sus señores y pasadas a manos de burgueses utilitarios se han convertido en lo que por allí han dado en llamar corrales.

Dichos corrales o casas de vecindad, albergan en su seno un sin número de familias pobres, viéndose los inmensos salones convertidos en celdillas, los corredores en pasadizos y tendederos de ropa, y las chimeneas blasonadas en depósitos de cok o en ventilados alcarraceros.

Mi amigo, como acontece frecuentemente a muchos genios ignorados, suele habitar junto a las nubes, y al atravesar yo el gran patio adornado de decrepitas



columnatas, y comenzar a ascender por la antigua escalera adornada á trechos por rotos azulejos, me detuve en el primer descanso, no tan sólo para tomar aliento, sino para darme cuenta del alegre barullo que sorprendí en un pabellón bajo, separado del resto de las viviendas del solar por una pequeña calle de boj y que desde la gran meseta se percibía.

Como pude saber muy pronto volviendo sobre mis pasos y dirigiéndome al pabellón citado, varios vecinos del corral habían ido a visitar al inquilino de aquel departamento, hombre fino y cortés a pesar de vivir en relativas estrecheces, que gustaba de que le

diesen las pascuas la vecindad y las murgas callejeras. Al llegar al vestíbulo, los visitantes se habían detenido en torno de las ventanas del pabellón muertos de risa. Un buhonero gordo y una modistilla flaca y de avispado ojo, hacían un dúo ruidoso y llevaban la nota dominante en aquel concierto de carcajadas contenidas sólo por el miedo de provocarlas iras de don Macario, que así se llamaba el vecino del pabellón tan amigo de las felicitaciones.

Y en verdad que la cosa no era para menos. Figúrense mis lectores un salón modesto y espacioso, —según pude ver por las junturas de las persianas—, el cual medía a grandes pasos un señor grave y serio, con la estatura de un hércules y la calva de un sabio, envuelto en un largo levitón de tela cenicienta y paseando de



ridículo modo una gran muñeca de trapo, a la que mecía y columpiaba en sus brazos como un consumado niñoero. La risa es contagiosa como el dolor y yo solté la carcajada como aquellas buenas gentes. ¡Es tan ridículo ver a un hombre formal pasando el tiempo en tales niñerías!

La coyuntura, dado el buen humor que parecía tener el vecino del pabellón principal, era la más propicia para hacer la felicitación de costumbre. Don Macario solía pagarlas con algunas copitas de anís y varias golosinas de su tierra, entre las que figuraban ciertos excelentes mantecados de las Descalzas. Empujaron, pues, suavemente la puerta para no turbar de modo brusco tan cómicos entretenimientos, y *velis nolis*, le espetaron el *¡felices pascuas!* de ordenanza.

Por esta vez el anís y los mantecados estaban verdes como las uvas del cuento. Don Macario, al oír aquellas felicitaciones a boca de jarro, tomó venganza de las risas ocultas que le había prodigado el concurso soltando a su vez una retumbante carcajada. Después dio dos zapatetas en el aire, giró sobre sus talones como una peonza, apretó contra su pecho por tres o cuatro veces consecutivas su muñeca de trapo, y sin parar mientes en las risas de algunos de los visitantes, abrió de par en par las puertas de la alcoba de enfrente señalando a los vecinos atónitos un cuadro a la vez fúnebre y tierno.

Colocado sobre una mesita de pino, entre dos candelabros de metal blanco, se veía el cadáver de una hermosa niña rubia como un ángel y en cuyo semblante la muerte había grabado apenas su repugnante huella. Al lado del cadáver y colocada de modo que podía mecer la cuna vacía, cuyas maderas producían un ruido seco al chocar sobre el pavimento, veíase á una mujer, aun en esa edad en que no han huido las gracias, pero cuyo semblante expresa todo un Gólgota de insomnios y de dolores. La luz de las velas y la de la mañana, formando una especie de nimbo de amarillo y azul, envolvía aquel tristísimo grupo y le hacían destacarse allá en el fondo como una aparición provocada por la linterna mágica. La cubierta de un pequeño féretro adornado de cintas color de rosa y sobre el cual se veían varios juguetes, completaban esta dolorosa perspectiva.



Por algo ha querido la naturaleza que se confundan a veces las risas y las lágrimas. La tosca inteligencia de aquellas gentes avivándose a la primera ojeada, abarcó lo que allí acontecía y se explicó perfectamente el que don Macario meciera y acariciara muñecas de trapo. La importuna risa del vecindario huyó al punto con sus cosquilleos y sus gárrulas propensiones y el llanto subió a los ojos en abundante raudal inundando los rostros de cuantos en el pabellón se encontraban.

Pocas veces he presenciado más ruda transición ni más rápido cambio de perspectivas. La figura severa y fantástica de don Macario paseando la muñeca de su hija muerta, que pudo momentos antes hacerme reír, preséntase aún a mi imaginación a la manera de esos personajes creados por Shakespeare y cuya sola presencia en la escena, infunde espanto y terror supersticioso. Yo retrocedí espantado y me escabullí entre los vecinos más tímidos, en tanto que muchos otros le rodeaban llorando.

Según supe después, ya nadie acertó a pensar en el anís ni en los mantecados de don Macario; siendo fama que, mientras habitó en aquel pabellón, jamás volvieron a desearle FELICES PASCUAS.

BENITO MAS Y PRAT”.

La calidad de Benito Mas y Prat en la creación de sus artículos literarios, queda patente en el anterior, siendo capaz de hacernos llegar, a través de la felicidad que muchos sienten cuando llegan las Pascuas, como para otros muchos dichas fiestas son cruces que el calendario de la vida les deja marcado para toda su existencia, en definitiva es la diferencia entre la vida y la muerte, felicidad y dolor que por mucho que nos empeñemos en separarlo, van unidos de por siempre.

Con independencia de ello, por mi parte, en este final del año 2019, solo me queda desearles a todos que intenten ser los más felices que puedan, ya vivan donde vivan, tengan lo que tengan, pues al final lo único que tiene de verdad valor, es poder seguir celebrando, año tras año, la llegada de estas fiestas, en las que, como tituló Mas y Prat, yo les deseo Felices Pascuas.